



Visita
al territorio de

Rodrigo Rey Rosa



What power has love but forgiveness?

WILLIAM CARLOS WILLIAMS

Asphodel, That Greeny Flower, Book III

Me fijé en ella la primera vez que entró, y desde entonces sospeché que era una ladrona, aunque esa vez no se llevó nada.

Los lunes por la tarde solía haber lecturas de poesía en La Entretenida, el negocio que habíamos abierto recientemente un grupo de amigos aficionados a los libros. No teníamos nada mejor que hacer y estábamos cansados de pagar precios demasiado altos por libros escogidos por y para otros, como le ocurre a la llamada gente rara en las ciudades provincianas. (Cosas mucho peores pasan aquí, pero no es de eso de lo que quiero hablar ahora.) En fin, para acabar con este malestar, abrimos nuestra propia tienda.

Acababa de terminar con una de las mujeres que yo creía que sería la mujer de mi vida. Una colombiana. Una historia fácil e imposible a la vez, una pérdida de tiempo o una hermosa aventura, según quien lo vea.

La librería no era muy grande, pero había sitio, en el fondo del local, para acomodar mesas y sillas para estos actos, que oscilaban entre la mera lectura, la *performance* y el *burlesque*.

La vi llegar una tarde después de un chaparrón que inundó los pasillos del sótano del pequeño centro comercial en donde estábamos, y había que andar de negocio en negocio por unos tablones elevados sobre bloques de cemento y ladrillos reciclados. Vestía *tights*, botas altas sin tacones, una blusa blanca de algodón, y el pelo lo tenía muy negro. Parecía bastante madura. No se quedó hasta el final de la lectura de unos poemas en prosa que, para mí, sonaban muy bien, pero yo supe que volvería.

Varias tardes estuve esperándola. ¿Por qué estaba seguro de que volvería?, me preguntaba. No lo sabía.

Al fin, otro lunes por la tarde, apareció. La lectura ya había comenzado. Se quedó de pie junto a las cortinas que separaban la librería en sí de la salita de lectura. Ahora traía un vestido de una sola pieza de algodón azul

celeste un poco holgado que le llegaba hasta las rodillas —unas rodillas perfectamente redondas, torneadas con evidente esmero—, un cinturón ancho de metal plateado, sandalias de cuero negro y un pequeño bolso de lentejuelas. Se quedó hasta el final. Fue a tomar algo junto al bar, intercambió miradas y saludos y, antes de marcharse, con una velocidad admirable, se guardó en el bolso dos libritos de la sección de traducciones del japonés. Salió por la puerta sin ninguna prisa. La alarma no sonó; me pregunté cómo lo había logrado. La dejé ir: de nuevo, estaba seguro de que volvería.

Un momento más tarde fui hasta el anaquel japonés. Anoté los títulos de los libros sustraídos en una libreta de cuentas, puse la fecha y la hora. Luego fui al cubículo de la caja registradora y me quedé allí, tratando de imaginar adonde iría con los libros.

La ocasión siguiente, dos o tres semanas después, al verla llegar le di las buenas tardes y le pregunté si buscaba algo en particular.

—Quiero hacer un regalo, sí —fueron las primeras palabras que le oí decir.

—¿Se puede saber para quién es?

—Para mi novio —me dijo; tenía un acento imposible de identificar.

—Usted sabrá, entonces. Hay algunos títulos nuevos en la sección de traducciones del japonés.

Se le iluminó la cara.

—Ah —dijo—. Los japoneses me fascinan.

—Por allá —indiqué un extremo de la librería—. Usted ya sabe.

No se inmutó.

—Pero no le gustan tanto a él. Están demasiado de moda, es la explicación que da. ¿Tiene algo de... Chesterton?

Me reí —una risa vacía.

—Ah, esa clase. Algo debe de haber por ahí. Estaría —señalé el extremo opuesto del negocio— en el estante más alto. Che, sí, de Chesterton.

Volví a colocarme detrás de la caja registradora, me puse a ojear catálogos, para que ella se sintiera a sus anchas. Iba de un lado para otro entre los libros. Me pareció oír cuando dejaba deslizar uno (un volumen de

Las mil y una noches en la versión de Galland, como comprobé después) hacia el fondo de su morral. Fingió una tos —dos libros más—. Unos minutos después se acercó a la caja y me dijo:

—No he tenido suerte. Le compraré un perfume.

—Vuelva cuando quiera. —Me quedé mirándola. Pasó por el arco de la alarma, que, de nuevo, no sonó.

Fui hasta el anaquel expoliado. Anoté en la libreta: *Las mil y una noches*, volúmenes uno, dos y tres. Agregué la hora y la fecha. Decidí que algún día iba a seguirla cuando saliera.

Pocos días más tarde recibimos un envío de libros entre los que había una colección en miniatura de traducciones del ruso. Eran volúmenes en dieciseisavo, con grabados y letras de oro molido, elaborados con gran delicadeza y legibles y perfectos como joyas. Los puse en un estante bastante cerca de la caja, pero de modo que algunos estuvieran ocultos a la vista del cajero. Estos ejemplares eran para ella.

El día que resolví actuar, casi un mes más tarde, era jueves. Estábamos solos en la librería, sólo ella ojeando libros y yo vigilándola a ella. No mencioné la nueva colección rusa; apenas la saludé con alguna distancia cuando entró, y fingí estar mucho más concentrado en unos papeles contables de lo que en realidad estaba.

No me oyó acercarme. Ya estaba detrás de ella, tan cerca que sentía el perfume de su pelo.

—¿Dónde se los guardó esta vez? —le dije, y dio un saltito y se revolvió contra mí.

—¡Qué! —exclamó—. Me ha dado un susto. ¿Qué pretende, tonto? —se rió al verme sonreír.

—Disculpe.

Se puso la mano en el pecho, sobre el escote.

—De verdad me asustó.

—De verdad, ¿dónde se los guardó?

Ahora parecía enojada; un agujerito se dibujó entre sus dos cejas, pobladas, oscuras y bien delineadas. Me hizo a un lado y comenzó a caminar deprisa hacia la puerta. Alargué el brazo para oprimir un botón y las rejas de seguridad bajaron justo a tiempo para impedir que saliera,

aunque los últimos pasos los dio corriendo. Se detuvo y empujó la reja de hierro.

—¡Esto es increíble! —dijo, y se volvió para mirarme. Sacó un teléfono celular de un bolsillo de su pantalón y marcó un número—. Me deja salir o pido ayuda.

—Tranquilícese. —Sin quitarle los ojos de encima, apagué un reflector que la deslumbraba. Era hermosísima, y así, acorralada, me pareció irresistible. Sonreí—. Tranquila, tranquila.

—¡Usted es un enfermo! —me gritó. Miró su celular—. Voy a pedir ayuda ahora mismo si no me deja salir.

Miré con intención sus pechos, sus caderas; no traía bolso esta vez. Terminó de marcar y me dio la espalda. Era perfecta.

«¡Aló! ¡Necesito ayuda!», dijo al aparato.

—Señorita. Aquí estamos en un sótano. No hay señal. Pero conmigo está a salvo. Devuélvame los libros que tomó y se puede ir. Tengo la lista de los otros que se ha ido llevando con el tiempo, y que yo mismo he dejado que se lleve, no sé por qué.

—¿Sí? ¿Por qué? ¡Déjeme salir! —gritó, pero no muy fuerte.

—Aunque usted no lo crea, aquí y allí y allá —señalé puntos imaginarios en el techo— hay cámaras de video. Tengo pruebas.

—¿En serio? —Ahora percibí un débil acento argentino o uruguayo que hasta ese momento había disimulado muy bien—. No lo parecía —se sonrió—. Lo siento. ¿Me perdonás?

—Cómo, perdonarte. Devolveme los libros, por ahora.

Se sacó de las axilas dos libritos rusos, y otro de los pantalones. Con gran desenvoltura, contoneándose ligeramente con un orgullo garboso, fue a dejarlos en el anaquel de donde los había tomado.

—Ya está —me dijo con descaro.

—¿Y los demás?

—¿Los olvidamos? —tanteó.

—No. Pero digamos que de ahora en adelante serán una deuda personal entre nosotros. Tengo socios, ¿sabés? —Oprimí el botón para levantar las rejas y dejarla salir.

Salió casi corriendo. Alcancé a preguntarle cómo se llamaba antes de que desapareciera al subir las escaleras.

—¡Llamame Ana! —gritó.

Me dije a mí mismo que volvería. De pronto me sentí muy solo entre todos aquellos libros. Deseé que las cámaras hubieran sido reales.

Las librerías son como gusaneras de ideas. Los libros son bichos que vibran y murmuran, solía decir uno de mis socios, que también era poeta, un tipo inteligente (aunque no tanto como él creía) y bastante simpático. Algo de cierto hay en eso y allí, en el anaquel junto a la caja registradora, estuvieron durante varios días los tres libritos rusos que conservaban, vibrando y murmurando, un recuerdo de ella, que no volvía. Muchas cosas pasaron, o, para ser más preciso, oí que pasaron muchas cosas por aquellos días (proliferaron los linchamientos en los pueblos del interior, hubo un golpe de Estado en un país vecino, la coca ganó ventaja en la carrera global de las sustancias controladas, encontraron agua estancada en Marte, y Plutón perdió para siempre el status de planeta) porque mi vida había vuelto a reducirse a los libros, me había convertido en un ejemplar más de esa melancólica especie: el librero aspirante a escritor.

Toda clase de gente iba a visitarnos todos los días. A comprar libros iban poetas, estudiantes, abogados, señoras con guardaespaldas, o sin, gente de éxito (económico) y fracasados (en el sentido más amplio). Nosotros los atendíamos cordial y ecuanímente. A veces, compraban un libro o dos. La verdad es que la gente que se dedica a robar libros es muy poca, gracias a las innovaciones en los sistemas de seguridad. En mi experiencia más de la mitad son mujeres, o literatos con mochila o morral.

Yo trabajaba en la librería sólo los lunes, miércoles y jueves; los otros días escribía (o fantaseaba con la idea de escribir) y me consagraba a la lectura.

La próxima vez la vi en la calle. Iba de jeans con un huipil corto, tenis blancos, el pelo recogido en un moño y anteojos de sol. Como ocurre cuando vemos de improviso a alguien que nos gusta mucho, el corazón se puso a latirme con fuerza y sentí un mariposeo en el estómago. Comencé a caminar deprisa para alcanzarla, me paré a su lado cuando esperaba la luz verde en una esquina —la esquina de la Trece y la Reforma.

—Hola. Al fin te encontré.

Me miró, sonriente.

—Ah, sos vos.

—¿Paseando?

—Ajá.

El semáforo cambió. Atravesamos la calle.

—¿Te acompaño un poco?

—Si querés.

Caminamos un rato en silencio. Andaba rápido.

—¿Puedo preguntarte algo?

Me miró de reojo con cierto recelo.

—Probá.

—¿Qué hacés con los libros?

—Mirá —me dijo—, te agradezco que no me hicieras problemas aquel día, pero es algo muy personal. Prefiero no contestar.

Seguimos caminando en silencio.

—Está bien. Pero ahora estoy más intrigado que antes.

No hubo reacción de su parte.

—¿Vas a algún lugar en especial?

—No —me dijo cuando doblamos la esquina de la Séptima—. Tenía ganas de pasear.

Seguimos andando.

Era una mañana fresca; había llovido por la noche y el asfalto y la grama todavía estaban húmedos. En los árboles parecía que había más sanates de lo habitual.

—Qué ruido meten esos pájaros —dijo.

—Es la época. Se están apareando.

Me miró, creo que con aprobación por el dato ornitológico.

—¿Te interesan los pájaros?

—Casi todo me interesa.

Asintió con la cabeza con impaciencia.

—¿Vivís sola?

—Sí. Bueno, no. Vivo con mi padre.

Esto no me lo esperaba. Dimos otros pasos en silencio.

—¿Qué edad tiene tu padre?

En su cara se formó una sonrisa que parecía llena de cansancio.

—Es muy, muy viejo.

—¿Ochenta?

—¿Siempre sos tan preguntón? —reaccionó.

—La verdad, no. ¿Vivís por aquí?

—Pará, ¿querés?

—Perdón. Ya no pregunto más.

Al poco rato:

—¿Te importa que siga andando a tu lado?

—No, no. Para nada —dijo con indulgencia.

Íbamos ya por la Quinta. Doblamos a la izquierda y de nuevo a la izquierda.

—¿Por qué me estás acompañando?

Contesté sin reflexionar.

—Me gustás.

—Eso pensé. No sos el primero, ¿sabés?

Nos habíamos detenido frente a una puerta de latón azul con un pequeño letrero que decía: Pensión Carlos.

—Aquí vivo —me dijo. Alargó la mano con una sonrisa—. Adiós.

Volvió la cara y la vista de su perfil fue tan cortante que sentí una punzada íntima en la región del vientre.

A partir de aquel día la calle de la pensión Carlos se convirtió en el destino primordial de mi itinerario cotidiano. Pasaba por allí, dando un rodeo, en mis viajes de ida y de vuelta a la librería; y los días en que no trabajaba (escritura aparte) daba paseos que tenían siempre como objetivo, a veces oblicuo, aquella calle sombreada y tranquila. Pero no volví a encontrarme con ella, hasta que, otro lunes por la tarde, visitó una vez más la librería.

Venía radiante, con un vestido color canario, la piel bien bronceada, con el brillo discreto y húmedo de alguna crema, y el espeso pelo negro suelto sobre sus anchos hombros. Al entrar se quitó los anteojos oscuros y me saludó con un «Hola» sonriente y sonoro.

Sentí una corriente eléctrica y un estimulante golpe de sangre, acompañado por el mariposeo habitual.

—Bienvenida. Pensé que ya no te iba a ver.

—¿Qué tal? —Seguía sonriendo y se detuvo frente a mí del otro lado de la caja registradora—. Vine a la lectura. ¿Es muy temprano?

Miré el reloj de pared.

—La lectura es a las seis. No es demasiado temprano, no.

Un tipo estaba ojeando libros, alguien que, sin razón alguna —aparte del hecho de existir—, me caía muy mal, aunque era uno de nuestros mejores clientes: compraba un promedio de tres libros al mes. Un tipo de saco y corbata y halitosis permanentes, un abogado economista con columna semanal en uno de nuestros diarios. Deseé que se largara y como por arte de magia en ese momento el tipo devolvió al anaquel el libro que tenía en las manos y se dirigió hacia la puerta, sin prisa, leyendo al pasar el título de alguna que otra novedad expuesta en las mesas a lo largo del local. Por fin salió, no sin antes lanzarme una mirada con sus ojitos de rata o de zorro.

—¿Este es el programa? —dijo ella, y señaló un cartel pegado a una columna al lado de la caja—. ¿Poetas de ojos azules, eh?

—La idea fue de ellos.

—Okey —ladeó la cabeza; no parecía convencida—. ¿Son buenos?

—De poesía sé muy poco. Son poetas. Tienen sus momentos, o sus instantes al menos, digo.

Se rió.

—Pues, me quedo.

—No tardarán en venir. —Cerré el libro que tenía en las manos.

—¿Qué lees? —me preguntó.

—Kenko, aforismos.

—¿Puedo ver?

Le entregué el libro. Lo abrió al azar, hacia la mitad.

«Es mejor no cambiar las cosas si el cambio no hace ningún bien», leyó.

—Parece obvio —dijo.

—Los aforismos suelen parecerlo, ¿no?

«El sumo sacerdote llamado Obispo Ladrón vivía cerca de Yanagihara. Le llamaban así porque se reunía frecuentemente con ladrones, según entiendo.»

—¿Y éste? —preguntó.

—Bueno, ése no parece un aforismo.

Continuó:

«Es poco atractivo que alguien alterne con gente que no es de su clase, trátese de un oriental que se mezcle con gente de la capital, o de un hombre de la capital que ha ido a Oriente en busca de fortuna, o de un monje de una secta esotérica o exotérica que ha cambiado de doctrina.»

Cerró el libro y me lo devolvió. Parecía decepcionada.

—Eso más bien parece un prejuicio —me dijo, y yo asentí.

—Es del siglo catorce. ¿Qué esperabas?

—Los prejuicios no respetan el tiempo —dijo—, y tampoco la estupidez.

Volví a sonreír.

—Sos bastante severa.

—Soy de esa clase de gente que se mezcla con gente de otras clases —contestó.

—Pues entonces Kenko se equivocaba. Una persona más atractiva que vos es difícil de imaginar.

Su expresión cambió; ahora parecía una niña después de hacer una proeza.

—Gracias —me dijo, mirándome a los ojos, la cabeza un poco baja y un poco encogida de hombros.

Los poetas de ojos azules llegaron —siete jóvenes, tres de un sexo, tres del otro y uno de ambos. Leyeron. Sólo uno de ellos tuvo «sus momentos»; en esto la ladrona y yo estuvimos de acuerdo. Por lo demás, fue una lectura tan mecánica como una lavadora de ropa, como dijo más tarde un crítico lúcido pero envidioso. Los ojos azules eran irónicos; los poetas usaban lentes de contacto coloreados.

Al terminar la lectura yo volví al cubículo de la caja registradora y ella fue a mezclarse con el público y los poetas al área del bar improvisado en la sala de lectura. La vi ojear dos o tres de los libritos azules que los poetas

habían puesto a la venta para la ocasión —libros hechos con más acierto y cuidado que los textos que contenían, como dijo el crítico— y supuse que tomaría alguno para llevárselo sin pagar.

Me alegró que se quedara cuando le dije que iba a cerrar la tienda. Estaba colocando algunos ejemplares del librito azul sobre la mesa de curiosidades, y ella se me acercó.

—¿No tomaste ninguno, entonces?

—Podés registrarme —me dijo.

—¿En verdad?

Asintió con la cabeza, y mi sangre corrió de golpe a un solo lugar. Alargué una mano, estiré el dedo índice y lo detuve a medio centímetro del botón rojo de la reja de seguridad.

—Cerrará —me dijo.

Oprimí el botón, la reja bajó con mucho ruido.

Cuando hubo silencio le pedí que levantara los brazos, y ella obedeció. Estábamos frente a frente. Pasé mis manos con suavidad por sus costados, para cachearla como lo haría, supongo, un inspector profesional, con cierto método y con perfecta seriedad, de arriba abajo, de abajo arriba.

—¿Satisfecho? —preguntó.

No me reí.

—La verdad, no. —Mi voz sonó empañada.

—¿Querés seguir? —dijo ella.

—Sí.

—Adelante.

—¿De veras?

—¡De veras, menso! —exclamó.

Me puse detrás de ella, le pasé las manos por el cuello, por la espalda, por las piernas, que abrió con docilidad, y por último por las nalgas y la entrepierna.

—¿Ya?

No dije nada. Con un ligero mareo, con dificultad —una dificultad menos física que volitiva—, me levanté y volví a ponerme frente a ella.

Me dio una bofetada, una bofetada bastante suave.

—Sos un abusivo —se sonrió, y entendí que besarla estaba permitido.
La besé.

—Pará —me dijo—. Paremos.

—¿Por qué?

—Ya está bien —se rió con alegría—. ¡Sos insaciable!

—En este caso, lo concedo —me pasé la mano por el vientre—. De pronto me ha dado mucha hambre. ¿Me acompañás a cenar?

—Te acompaño. Hace mucho que no voy a un restaurante.

Subimos del sótano a la calle, donde soplabá un viento frío que parecía caer de lo alto, como una llovizna finísima.

—¿Vamos a pie?

La tomé de la mano.

—Me hacés reír —me dijo—. Vamos a pie, está bien.

Le di mi chaqueta cuando la vi que temblaba de frío.

Dejó de andar para decirme:

—Vos sos muy bueno, o eso parece. Pero la vida es una mierda. Mejor vamos en tu carro y me llevás a la pensión.

—¿Pero por qué? ¿Por qué decís que la vida es una mierda?

—Es muy complicada.

—Eso sí.

—¿Me llevás?

—Ni modo.

Fuimos en silencio al estacionamiento y en silencio rodamos despacio hacia la pensión. Le dije cuando nos despedíamos:

—Me gustaría conocer a tu padre, si es posible.

Su boca se retorció con una sonrisa amarga.

Estuvo un rato, que me pareció muy largo, sin hablar.

—No creo que convenga —contestó por fin.

No nos dimos otra cita; era como si hubiera un acuerdo secreto entre nosotros: volveríamos a vernos. No sabía cuántos días de espera tendría por delante —la verdad es que creí que serían pocos; no fueron demasiados, pero se me hicieron interminables. Un sábado por la tarde a mediados de octubre, después de discutir conmigo mismo con detenimiento, me animé a llamar a la puerta de la pensión Carlos. Hacía algún tiempo que la idea del

padre me asediaba, y suponía que iba a encontrármelo. Imaginaba al principio a un hombre frágil y enfermo —tal vez para dar una explicación al hecho de que su hija viviera con él en un cuarto alquilado? Es un inválido, pensaba. Una figura triste. Un don nadie. Luego pensé que podía ser también un personaje siniestro, alguien que necesitaba ocultarse por precaución o por vergüenza. ¿Un político acabado? ¿Un sacerdote degradado? ¿Un narco en fuga? ¿Un artista?

Era uno de esos timbres antiguos, un botoncito blanco enmarcado en un azulejo. El sonido que produjo abrió los corredores de mi memoria hasta un lugar olvidado de mi niñez.

Abrió la puerta una sirvienta de uniforme.

Todavía era una niña, pero su cara tenía una dureza que me hizo recordar la fealdad adquirida de los adolescentes campesinos convertidos de un día para otro en soldados. Más allá del garaje, donde no había ningún auto, alcancé a ver una casa moderna de un solo piso con rejas de hierro forjado en las ventanas.

—¿Quién busca? —dijo—. ¿Qué desea?

—¿Funciona la pensión?

Asintió secamente con la cabeza.

—Se alquila el cuarto por semana.

Me quedé un momento mirando el pequeño jardín de enfrente, con sus grandes macetas con patas de león, colas de quetzal, aspidistras y plantas de sábila.

—¿Puedo ver un cuarto?

—Pase adelante —dijo la muchacha, y abrió de par en par la puerta que había mantenido entreabierta.

El pequeño vestíbulo con su piso de azulejos con imágenes zodiacales, la pequeña sala con sus sofás viejos y sillones desvencijados, las rejas de hierro forjado en el ventanal que daba a un patio sombreado; todo esto me hizo pensar de nuevo en mi niñez. Más allá de la sala, un corredor mal iluminado llevaba a los dormitorios y a un cuarto de baño en el fondo, cuya puerta estaba abierta, y de donde salía un fuerte olor a desinfectante ambiental, una mezcla de aromas de manzana y eucalipto que también comunicaba con mi infancia. La muchacha abrió la puerta del primer cuarto

y me invitó a inspeccionarlo. Era una habitación de dimensiones medianas, con una ventana que daba a un jardín donde un viejo árbol de hule prodigaba una sombra densa. La cama, de madera oscura labrada con escenas de caza, era alta y angosta. Probé el colchón; para mi sorpresa, era firme. Contra la pared opuesta a la ventana había un catre militar, cuya presencia no dejó de intrigarme. La criada debió de percatarse de mi extrañeza, porque explicó:

—Por el catre con ropa y almohada hay un cobro adicional.

El suelo del cuarto era también de azulejos, con motivos de aves en vuelo, y estaba cubierto con gruesas alfombras de Momostenango. El único objeto de factura moderna era, sobre la mesita de noche de pino barato, una lámpara de lectura de metal cromado. La encendí, vi que la luz era buena, la apagué.

—¿Cuántas habitaciones tienen?

—Seis.

—¿Cuántas están libres?

—Sólo ésta.

—La tomo, entonces.

Me dijo el precio, que me pareció razonable. Después de entregarle un depósito y guardar el recibo que me extendió, le dije que esa noche o a la mañana siguiente volvería para instalarme.

No era la primera vez que me dejaba llevar más allá de la razón por un impulso libresco. Camino de casa me reí de mí mismo varias veces, pensando en Flaubert. Ya en otras ocasiones había actuado como un impulsivo: cuando me asocié para abrir la librería; cuando decidí dedicarme a escribir; cuando me fugué de la casa de mis padres; cuando... Pero ahora, por primera vez en mi vida, me embarcaba en una aventura puramente sentimental.

La pensión Carlos, adonde me mudé aquella tarde, era un lugar silencioso —al menos antes y después de caer el sol, cuando un vuelo multitudinario de sanates manchó el cielo y los pájaros llenaron el aire con sus gritos. Tendido en la oscuridad, por el reloj eléctrico que parpadeaba en la mesa de noche supe que eran las nueve. Oí un ruido pesado de pasos de hombre en el corredor, luego unos tacones de mujer, una puerta que se abría

y se cerraba. Con el corazón un poco acelerado me levanté de la cama y me acerqué a la puerta para escuchar, pero ya no oí nada más.

Me metí en la cama y releí algunos poemas de Darío.

Verdugos de ideales afligieron la tierra en un pozo de sombra la humanidad se encierra con los rudos molosos del odio y de la guerra...

A medianoche apagué la lámpara y cerré los ojos.

Desperté muy temprano. Había poca luz en el cielo y los pájaros comenzaban a moverse en las ramas del árbol de hule más allá de las cortinas de la ventana de mi cuarto, que no reconocí hasta después de unos segundos. Me quedé un rato mirando los dobleces de la tela traslúcida y el juego de sombras que se mecían con la brisa matinal.

Recordé el sueño que había tenido unos minutos antes —era perseguido por una serpiente con un cuerpo tan grueso como el de un caballo— y sentí en la boca un sabor extraño y al mismo tiempo familiar. «La esencia extratemporal de nuestra vida», pronuncié en voz alta.

Estuve varios minutos todavía en la cama, en esa actitud que propicia y representa la indolencia, las manos cruzadas detrás de la cabeza, un pie sobre el otro, la vista fija en el techo, los oídos llenos y al mismo tiempo vacíos.

Alguien entró en el cuarto de baño en el fondo del corredor, abrió la llave del agua. Un perro ladró, una moto pasó por la calle ruidosamente.

Me levanté y fui a abrir la maleta, saqué un par de pantalones, una camisa, ropa interior. Imaginaba mi próximo encuentro con... no estaba seguro de saber su verdadero nombre. Nos veríamos en el corredor, o en el pequeño vestíbulo, o tal vez fuera de la pensión, en aquella callecita sombreada.

Lo cierto es que la siguiente vez nos vimos en la librería. Era lunes. Llegó, como otras veces, un poco antes de la sesión de lectura. Ese día el invitado era Jean Latouche, un amigo y poeta francés. Cuando ella entró yo estaba hablando con él. Interrumpí la conversación con una disculpa y fui a saludarla.

—Me alegra mucho que hayás venido. Hace días que quería verte.

—¿Si?

Me preguntaba a mí mismo si ella sabría lo de mi mudanza a la pensión; esperaba que no .

—Te busqué varias veces.

—¿Dónde? —preguntó, sorprendida.

—En la pensión.

—¿Por qué?

—Quería verte, nada más.

—Ah —me miró a los ojos—. También yo tenía ganas de verte.

—¿En verdad?

Asintió con la cabeza. Tomé su cara entre mis manos y le di un beso en la boca.

—Eso fue muy rápido —me dijo—. Pero mirá —indicó con los ojos a alguien que estaba a mis espaldas—. Creo que te quieren hablar.

Era Latouche. Necesitaba probar un micrófono, me dijo. Lo acompañé a la salita de lectura, conecté unos cables y, cuando me volví para ver qué hacía ella, con una frustración punzante me di cuenta de que ya no estaba allí.

Fui deprisa hasta la puerta, atravesé el pasillo, subí las escaleras a saltos, pero había desaparecido. Regresé a la librería. La cabeza me daba vueltas. Con un presentimiento, volví al anaquel junto al cual la había besado, y comprobé que se había llevado otro libro: una edición de pasta dura de *Las palmeras salvajes* de Faulkner en la traducción de Borges. En vez de enojo sentí un extraño alivio. Fui a la caja y agregué la novela de Faulkner a la lista de libros sustraídos.

Llamé por teléfono a uno de mis socios, le pedí que fuera a relevarme; no podía pensar en permanecer allí durante la lectura. No había problema, yo podía irme y él llegaría en cosa de una hora, me dijo.

Latouche, que se dio cuenta de mi intento de retirada subrepticia, me llamó en el momento en que salía por la puerta y me interrogó con la mirada. Describí un rizo en el aire, para hacerle entender que nos veríamos más tarde, y salí al corredor.

En la calle ya estaba oscuro. En la Séptima una cuadrilla de obreros municipales trabajaba en las alcantarillas; el hedor de las aguas negras se mezclaba con el olor a tierra mojada. El alumbrado era deficiente, y en una

ocasión estuve a punto de caer en una zanja recién cavada. Seguí andando deprisa hacia la pensión, aunque ya estaba seguro de que no la encontraría allí.

Entré en la pensión y fui a mi cuarto a cambiarme zapatos y pantalones, pues los había enlodado al pasar por la avenida en obras, y después de pensarlo un momento salí a hablar con el encargado de turno en la recepción. Con el pretexto de que unos amigos extranjeros llegarían de visita, le pregunté si había en ese momento alguna habitación desocupada. La pensión estaba llena, me aseguró. Supuse que por esa razón ella y su padre no se habían alojado allí.

—Voy a desocupar mi cuarto —le dije al recepcionista—, esta misma noche.

—Como quiera, señor. Pero —aclaró— no podemos reembolsarle nada. El cuarto se alquila, como usted sabe, por semana.

—Es igual. Una pregunta. Una señorita que vive con su padre, estaba aquí hace dos semanas. ¿Sabe quién?

—¿Una señorita con su padre? ¿El nombre?

—Ana.

—El apellido.

—No lo sé.

—Pues no, señor, ninguna señorita que yo recuerde se ha alojado aquí con su padre esta semana.

Asentí con la cabeza, pero no le creí.

—¿Se va el señor?

—No de inmediato, pero sí, creo que esta noche me voy.

—Como usted mande —dijo con una sonrisa enigmática que consiguió perturbarme.

Salí de la pensión. Me detuve un momento en la calle, indeciso, y luego me encaminé de vuelta a la librería, pero dando un rodeo para evitar la avenida en obras.

¿Me había mentado, entonces, y no vivía con su padre? Pero ¿vivía sola, o vivía con alguien que podía ser su padre? Estas preguntas y varias imágenes me daban vueltas por la cabeza. No vale la pena seguir, me decía a mí mismo; aquello era un delirio amoroso y lo mejor era olvidarlo ya.

¡Ya! Pero las preguntas y las imágenes seguían revoloteando a mi alrededor y no creo que en toda aquella noche haya pasado un minuto sin que yo pensara en ella.

Cuando volví a la librería la lectura aún no había terminado. Latouche era un buen lector. Los dos poemas con que cerró la velada y que alcancé a oír íntegramente arrancaron aplausos entusiastas de un público entusiasta, pero yo, aunque estaba ahí, no estaba ahí, no era parte de nada. Flotaba en un mundo de cosas imprecisas, vagas, tal vez malas. La idea de contratar un detective para averiguar quién era en realidad la ladrona pasó por mi cabeza. Esto me tranquilizó, aunque no por mucho tiempo. Al final me mezclé con la gente, bebí.

«No te lo perdonaría nunca —me dijo riendo Latouche cuando le expliqué mi idea de contratar un detective—. Si se entera, desde luego. No tendría por qué enterarse, pero conociéndote, vos mismo pararías diciéndoselo. Si estás más enamorado que un Tristán cualquiera, hombre. Eso es claro. Pero no te preocupés, que volverá. Ya volvió dos, ¿o tres?, veces. Volverá otra vez. Las mujeres son así. Bueno —se corrigió—, casi todas. Al menos las que me ha tocado conocer».

Bebimos abundantemente. Olvidé casi todo lo que hablamos o hicimos después de cierta hora. Al taxi que tomé al despedirme de Latouche le pedí que me llevara a mi apartamento; no se me pasó por la cabeza ir a la pensión, y al día siguiente habría de lamentarlo.

Al despertar, no reconocí mi dormitorio; por un momento pensé que estaba en la pensión. Luego vinieron los pocos recuerdos que suelen quedar después de una velada larga en una memoria regada con demasiado alcohol.

—La señorita por la que preguntó ayer —me dijo el recepcionista de la pensión Carlos— estuvo esperándolo al señor aquí toda la noche. Se marchó con sus cosas hace menos de una hora.

—Pero usted me dijo que no había ninguna señorita...

—Pero señor, no puedo dar información así nomás acerca de nuestros huéspedes. Usted no sabía ni su nombre. Eso daba que pensar, ¿uh?

—Dice que se fue con las cosas de quién.

—Las de ella, señor. Nadie ha entrado en el cuarto de usted.

Fui a mi habitación, cerré la puerta y comprobé que mis cosas estaban en su lugar. Me senté al filo de la cama, la cabeza entre las manos, los ojos en el suelo. Así eran para mí los delirios amorosos y por eso había aprendido a evitarlos. Demasiado tarde otra vez, pensé. Tenía que volver a encontrarla.

Me puse de pie, decidido a pasar a la acción. Tomé la maleta, la abrí sobre la cama y comencé a recoger mis pertenencias. Y fue entonces cuando entendí que, pese a la afirmación del recepcionista, alguien había entrado en mi habitación. Ella. Los libros que había traído pero que apenas había hojeado desde que estaba allí —aparte del de Darío— habían desaparecido: *Hadrian the Seventh* de Frederick Rolfe, *Interludio azul* de Pere Gimferrer, *Babilonia* de Salvator Rosa, *The Golden Earth* de Norman Lewis, *Espérame en Siberia, vida mía.*, de Jardiel Poncela... Terminé de hacer la maleta antes de ir a hablar con el hombre de la recepción.

—No es que quiera causarle molestias, pero alguien entró en mi habitación.

—Bueno, sí, tenían que hacer la limpieza.

—Quiero decir que alguien entró y se llevó mis libros.

—¿Libros?

—Oiga. —Lo miré con la mayor calma de que fui capaz—. Por extraño que parezca, esta señorita es mi amiga. Sí, aunque no sepa su apellido. La conozco desde hace poco, pero nos hemos hecho amigos.

El tipo me miró con expresión de malicia.

—No es lo que usted cree. No digo que la señorita me haya robado esos libros. Pero estoy seguro de que los tomó. Es una especie de juego que venimos jugando desde que nos conocemos.

—Creo que entiendo —dijo—. Pero el señor, al fin, ¿se va?

—Sí, me voy. Una pregunta, antes. ¿Usted estaba aquí cuando ella se fue? ¿Sabe adonde iba?

—No, señor.

—¿Iba sola?

Hizo una mueca de disgusto; le importunaba con mis preguntas, quería decir.

Puse un billete de cien quetzales sobre el mostrador. El sacudió la cabeza en señal de desaprobación, pero alargó la mano y se guardó el billete en un bolsillo.

—Iba con un señorón.

Sentí un mareo desagradable acompañado de fuertes palpitaciones.

—¿Su padre?

Se sonrió con condescendencia.

—Era un hombre mayor, sí. Pero a juzgar por los nombres, no, no era su padre. Eso sí, iba cargado de libros. Dos maletas llenas, más sus cosas personales.

—¿Quiere decir que anoche estaba con él?

—No, señor. Anoche la señorita estaba sola. El viejo vino por ella y por sus cosas.

El libro de registros estaba sobre el mostrador, abierto en una página en blanco. Leí la fecha, al revés. Alargué la mano, hice girar el libro y volví la página. En la penúltima línea decía: *Ana Severina Bruguera*. Profesión: *desocupada*. Nacionalidad: *hondureña*. Y debajo: *Otto Blanco*. *Viajero*. *Español*.

—¿El la acompañaba?

El hombre me miró con un desprecio renovado, dijo no con un leve movimiento de la cabeza. Tomó el libro, lo cerró, lo guardó bajo el mostrador.

—Ya le dije, no puedo darle a cualquiera ese tipo de información. De todas formas, por si le interesa, creo que iban al aeropuerto.

Le di las gracias y salí con mi maleta a la calle, donde encontré un taxi.

—Tiene suerte —me dijo el taxista—. Vengo del aeropuerto, y había poco tráfico. A estas horas se pone imposible.

Si lo que me había dicho el recepcionista era cierto —pensaba—, si hacía sólo una hora que ella había salido de la pensión y si había ido al aeropuerto, no era imposible que la alcanzara allí. Sentía que si la dejaba escapar esta vez podía perderla para siempre. «Lo que no es de uno no se puede perder», me dije a mí mismo, pero no sentí ningún alivio. Tal vez se llamaba Ana Severina Bruguera. Tal vez no.

Cerca de la estatua de Tecún Umán (que no existió y sin embargo es nuestro héroe histórico) con su lanza de hierro oxidado y su pecho de coloso cómico, se me ocurrió que era en realidad buena suerte que llevara la maleta conmigo, pues desde algún tiempo atrás no permitían la entrada al aeropuerto más que a los pasajeros. Muchas cosas podrán decirse sobre el hecho de que nuestro aeropuerto internacional quede en medio de la ciudad, pero esta vez yo celebré que así fuera. Gracias a la maleta, entré sin dificultad. Pasé revista una por una a las colas de pasajeros frente a los mostradores de las aerolíneas extranjeras y locales.

Nada.

Frente al banco donde se pagan los impuestos de seguridad aeroportuaria la vi por fin. Acababan de sellar su tarjeta de embarque, y se volvió para dirigirse a la puerta de vidrio automática más allá de la que, sin pasaporte, me sería imposible seguirla. Detrás de ella iban dos hombres de distintas edades. Discutían acaloradamente. El mayor, un hombre alto y rechoncho, de escaso pelo blanco y tez clara, miraba al otro con distancia desde sus casi dos metros de altura. El otro, mucho más joven, delgado, de pelo negrísimo y barba y bigote —a quien no reconocí enseguida—, resultó ser un colega librero de la Antigua, Ahmed al Fahsi, de origen magrebí. Aunque decía que era ateo, con su padre musulmán y su madre de origen judío, además de un amplio conocimiento de la doctrina cristiana (y también lacaniana), era lo más cercano que yo conocía a la definición de «hombre temeroso de Dios».

Creo que ni corriendo habría conseguido alcanzarla antes de que cruzara la puerta custodiada por guardias de seguridad e inmigración. Pude gritarle, pero no estaba seguro de su nombre. Me detuve.

El hombre que supuse que era Otto Blanco mostró sus documentos a los guardias y pasó por la puerta vidriera, mientras Ahmed decía algo en voz alta. ¿Un saludo en hebreo? Con el enojo cincelado todavía en la frente, se volvió y nos vimos cara a cara. Creo que no llegó a reconocermé, y yo bajé la cabeza. Pasamos bastante cerca el uno del otro, él hacia la salida y yo hacia la ventanilla del banco, donde di media vuelta fingiendo algún olvido. Un poco más tarde salí del aeropuerto y, con una opresión en el pecho (¿o

era un gran agujero?), «con la muerte en el alma», como habría dicho Latouche, tomé un taxi para regresar a casa.

«Imposible ser sabio y al mismo tiempo amar», ha dicho alguien con razón.

Al principio pensé que saber que estaba lejos me ayudaría a olvidarla. Tardé algún tiempo en comprobar que me equivocaba.

Aquella noche cené con Latouche, que regresaba a Francia al día siguiente. Volví a hablarle de ella, pero no mencioné los libros que le dejé robar —no quería quedar como un idiota. Recordé que Latouche conocía también a Ahmed; el marroquí lo había invitado ya en alguna ocasión a leer en su librería. Le dije que había visto a Ahmed en el aeropuerto discutiendo con el supuesto padre de Ana Severina Bruguera.

—¿Y no hablaste con él? ¿Por qué? Habría sido incómodo, seguro. Yo, en tu lugar, iría a verlo —me dijo Latouche.

Después de cenar me pidió que lo llevara a un espectáculo de *striptease* que uno de mis socios le había recomendado. Le dije que lo llevaría, pero que no estaba de ánimo para acompañarlo. Desistió.

—Vamos a tomar algo a cualquier bar, entonces —me dijo.

Bebimos bastante, aunque no tanto como la noche anterior.

—Tenés que hablar con Ahmed —volvió a decirme cuando nos despedimos frente a su hotel.

«No hay dinero para parar la hambruna en África, pero sí para mandar satélites al espacio —decía Ahmed al teléfono, y no me vio cuando entré en su librería al final de la calle Sucia de la Antigua—. ¿Sabes cuánto hace que no llueve en Zagora? Zagora es la ciudad de donde vengo. Sí, en el desierto. Quince años. ¡Sí, quince años!».

Colgó. Se quedó un rato mirando el viejo aparato antes de alzar la mirada para ver quién había hecho sonar el timbre al entrar en su negocio.

—Ah —se sonrió al verme—, ¿qué dice la competencia?

—La competencia, eso es —miré a mi alrededor. Alfarabi, como se llamaba su librería, y La Entretenida tenían muchas cosas en común—. Es una suerte que tú estés aquí, y nosotros en la capital.

Nos dimos un apretón de manos; aunque, más bien, como tantos marroquíes, Ahmed se limitó a extender la suya para dejar que yo la

apretara. Luego se tocó el pecho, como es la costumbre en su país. Hice lo mismo, por reflejo o cortesía, o no sé muy bien por qué.

—¿Qué te trae por aquí? ¿Persiguiendo turistas todavía?

Me reí.

—Esos tiempos ya pasaron.

—Hombre, no es para tanto.

—Pero te digo que sí.

—¿Cómo va el negocio?

—Va, va, por increíble que parezca. Yo creo que la mayoría de la gente lee muy poco, o nada. Y sin embargo, gracias a Dios, hay quienes compran bastantes libros.

—Sí —se sonrió Ahmed—. *Hamdul-lah!* Mira —me enseñó un libro negro de la colección Nuevos Textos Sagrados de Tusquets—. ¿Lo has leído?

Era *Conversaciones entre alquimistas* de Jorge Riechmann, y yo no lo había leído.

—No está mal —me dijo Ahmed—, para ser de un español.

«Con ese nombre, no tanto», pensé. Pero no quería discutir.

—Tomá, te lo regalo —me extendió el libro—. A ver qué te parece.

—Gracias. ¿Estás seguro?

—Claro, hombre.

No era costumbre de Ahmed regalar libros. Me pregunté por qué lo hacía. Pensé, injustamente, que el libro sería muy malo. Leí el precio en la contraportada; daba para dos almuerzos frugales.

—Vamos a comer algo por ahí. Invito yo.

Ahmed aceptó, y poco después salimos de su librería y caminamos calle Sucia arriba hasta las arcadas del parque central.

—Esta parte de la Antigua —me dijo Ahmed— me recuerda Ksar-el-Kebir.

—No veo muy bien por qué, pero tampoco por qué no. —Estaba de buen humor en ese momento, supongo; Ksar siempre me pareció un lugar espantoso—. Allá también dejó huella la colonia, ¿no?

Nos sentamos a una mesa de hierro en el patio del restaurante, y abrí al azar el libro de Riechmann.

«No tenemos dinero...», leí.

—¿Qué, Ahmed, este libro te hizo pensar en mí?

—Tal vez sí, tal vez no. Pero tú y yo, a mi modo de ver, somos como alquimistas.

No entendí por qué lo decía, pero me sentí inclinado a darle la razón.

—Entonces —me dijo un poco después—, ¿cuál es el misterio?

—La verdad es que hay un misterio que creo que podrías ayudarme a esclarecer.

Levantó las cejas. Parecía perplejo. Supongo que le hizo gracia mi declaración.

—A ver —me dijo.

No era mi intención contárselo todo a Ahmed, en parte porque temía que entre él y ella hubiera pasado algo parecido a lo que pasó entre ella y yo. Omití, pues, el aspecto amoroso de la historia, que quedó reducida a los libros robados, y terminó con una pequeña invención: le dije a Ahmed que lo había visto con ella y el señor Blanco en el aeropuerto cuando yo iba a tomar un vuelo a Flores.

—¿Quién era el viejo?

—Es su marido —dijo, y se quedó mirándome con semblante inexpresivo. Después sus ojos oscuros y achinados brillaron con algo que me pareció un indicio de burla—. ¿Creíste que era su padre? Pues no. Un matrimonio blanco, como dicen, eso creo.

Se había dado cuenta del efecto que sus palabras causaron en mí. Me temblaban un poco las manos.

—No tenía la menor idea. Me habría gustado más que fuera soltera, es cierto.

—¿Te robó muchos libros?

—Bastantes. La verdad, yo dejé que los robara, así que no me estoy quejando.

—A cualquiera le pasa —me dijo—. Pero no a mí, *sidi*. No señor. Me deben un dineral, esos dos. Te juro que me lo van a pagar. Tarde o temprano, pero me pagarán.

—¿Tuviste algún trato con ella?

—¿Trato? —se rió Ahmed—. Trató de seducirme, sí, ja, ja —se jactó—. Esa mujer es una ladrona de libros, a mí también me robó varios. ¡Muchos! ¡Demasiados! La agarré un día con una primera edición de los cuentos de Laoust, ¿sabes? Sí, sí. Un tesoro. Llamé a la policía. La arrestaron. El viejo tuvo que venir y arregló la cosa con dinero. Una mordida, y me pagó el libro en efectivo. La quiso excusar diciendo que padecía alguna enfermedad, que robaba libros nada más, y que los leía. Me pidió que la dejara volver a Alfarabi, que los libros que tomara correrían por su cuenta. Esto me lo dijo sin que ella lo supiera, y me pidió que lo guardara en secreto —dijo Ahmed—. Entramos en el juego. Ella conocía mi horario, y solía llegar por las mañanas, cuando yo no estaba. A los empleados los engañaba siempre, se llevaba tres o cuatro libros cada vez. Yo llegaba a mediodía, me ponía a revisar los anaqueles para ver qué títulos faltaban, y llamaba al marido, que iba a pagarlos por la tarde. La última vez se llevó muchos más libros que de costumbre. No sé cómo lo hizo, habrá llenado una mochila. Llamé a su hotel, me dijeron que se habían ido. Di por perdidos los libros, claro. La suerte me ayudó. El agente de viajes que les vendió los billetes es amigo mío. Yo le había contado la historia, y como conocía de vista al viejo, me sopló. Fui al aeropuerto a atalararlos.

—¿Te pagó?

—Algo. Me aseguró que volverían, y me dio un pagaré por el resto.

—¿Cuándo vuelven?

—En diciembre —hizo cuentas—. Faltan nueve meses, ¿eh?

Me llenó un sentimiento de alivio: no era imposible que volviera a verla.

—Es buena noticia. Estaré esperando a que llegue diciembre. ¿Me avisarás si vuelven?

Ahmed se rió antes de hacer la promesa:

—Por supuesto, amigo.

¿Cuántas noches pasé fantaseando sobre nuestro próximo encuentro? La imaginaba viajando de país en país, visitando librería tras librería.

Más de una vez pensé en hablar con Ahmed. Quería saber qué libros, aparte de los cuentos bereberes, le había robado a él. No llegué a llamarlo por pudor.

Una y otra vez revisé la lista de libros que me había robado, y trataba de imaginar cómo sería la lista total de los libros sustraídos a lo largo de su vida. Era como si creyera que así podría ayudarme a entender el misterio de su vida, que me parecía extraña y fantástica.

Ahmed habló de enfermedad. Yo suponía que la explicación debía de ser otra, una que para mí estaba asociada con un modelo extremo de existencia, con la absoluta libertad, una forma radical de realizar un ideal que yo mismo me había propuesto un día: vivir por y para los libros.

A veces estas fantasías se desvanecían —eran los días negros de desánimo y remordimiento por una vida vivida sólo a medias— y me decía entonces a mí mismo: «Te engañas, sólo es una vulgar ladrona, o, en el mejor de los casos, una pobre enferma».

Una noche a finales de junio soñé con ella. Fue un sueño feliz, un típico sueño de posesión sexual, sin el ingrediente de angustia que suelen tener los sueños. Desperté en la oscuridad, en el silencio, con un agradable sentimiento de gratitud que muy pronto se convirtió en uno de pérdida, de ausencia. Volví a dormirme con la vana esperanza de encontrarla de nuevo en el próximo sueño —y deseando simple y absurdamente que diciembre se apresurara a llegar.

Conocí a otras mujeres. Hice varios viajes. Leí, compré, vendí muchos libros. Celebré un cumpleaños más, y por fin diciembre llegó. No puedo decir que era infeliz, pero sin duda a mi vida le faltaba un ingrediente esencial para obtener el estado de felicidad.

Los dos primeros lunes del mes hubo lecturas en La Entretenida, y a ambas acudí como si fuera a una cita sentimental. La víspera me acosté temprano, para evitar las ojeras. Hice algo de ejercicio, me acicalé un poco más de lo común, me puse mis mejores pantalones, zapatos, camisa y chumpa. Desde luego, ella no apareció. El quince de diciembre llamé por teléfono a Ahmed. No tenía noticias, me dijo. Ya no habría más lecturas de poesía hasta finales de enero, por las vacaciones de Año Nuevo, y yo hacía lo posible por resignarme a no volver a verla nunca más.

Nunca me gustó usar la palabra «nunca», ni la palabra «infinito» por razones —creo— fundamentales. Pero aquí, en un modo de hablar especial,

estas dos palabras se tocaban la una a la otra en la oscuridad y agitación de mi mente.

Soñaba despierto más que dormido. Imaginaba una y otra vez escenas en las que nos encontrábamos. Le hablaba con claridad. Aunque yo sabía (pero no, no lo sabía) que robar para ella no era un síntoma sino una *razón de ser*, le aseguraba que conmigo, sin correr más riesgos, podía contar con una fuente casi inagotable de lecturas. ¿Durante cuánto tiempo quería prolongar su matrimonio blanco? ¿No podía abandonar a ese viejo gordo que era su marido? —una serie de cosas así. Cosas que no me habría atrevido a decirle si nos hubiéramos encontrado por aquellos días tristes.

Una mañana paseaba yo sin rumbo cuando, de pronto, me di cuenta de que estaba casi frente a la puerta de la pensión Carlos. Oí un *clic* metálico (un sonido que tal vez a algunos de ustedes un día les será familiar: el golpeteo de un bastón en el piso de cemento) y luego lo vi al viejo, el viejo Blanco, aquel gordo del aeropuerto que ahora no me pareció ni tan viejo ni tan gordo. Nos cruzamos en la acera, pero apenas intercambiamos una mirada sin saludarnos. Era muy alto y desgarrado.

Seguí andando unos pasos. Para él yo era un perfecto extraño. ¿Pero era él en realidad? Lo dudé. Me detuve; tenía que hablarle. Para comenzar, contaba con el pretexto de los libros. Me di la vuelta, iba a decirle algo, pero la calle no era un buen sitio para una conversación como la que yo quería tener, y en lugar de abordarlo toqué el timbre de la pensión.

Saqué una tarjeta, escribí mi número de teléfono y la firmé. La muchacha de la limpieza abrió la puerta. Le pedí que entregara la tarjeta al señor Blanco y ella la recibió con un gruñido.

Salí a la calle y todavía alcancé a verle doblar la esquina. En lugar de seguirlo, continué mi paseo al azar, pero en un estado mental incomparable con el de relativa tranquilidad anterior a aquel encuentro fortuito.

Creo que era lunes, pero como no había lectura abrí la librería a eso de las tres.

El fue el primer cliente en entrar. Me dio las buenas tardes.

—¿Señor Blanco? ¿Recibió mi mensaje?

Se acercó a la caja con parsimonia.

—Soy Otto Blanco, sí. Pero no recibí ningún mensaje —se sonrió.

Le dije mi nombre y nos dimos la mano.

—Hace unas horas dejé mi tarjeta en su pensión.

—Ah —dijo con semblante preocupado—. ¿Tiene que ver con Ana?

«Ana —pensé—. Entonces, no me mintió».

—No se preocupe, pero sí. —Hice un gesto que supongo que habrá parecido incoherente, no sé; fue algo inesperado e involuntario. Me reí—. Tiene que ver con ella. Entiendo que... es su esposa?

Arrugó el ceño.

—¿Eso le dijo ella?

Después de un instante incómodo, sonreímos los dos.

«Entonces ¿fue Ahmed quien mintió?», me pregunté.

—¿Hablamos de la misma persona? ¿Ana Bruguera?

—Sí, señor —contestó—. Ana Severina Bruguera Blanco.

—Me dijo que vivía con su padre. Pero, señor Blanco, disculpe, no quiero entrometerme.

—Soy el padre de su madre, o sea —aclaró—, su abuelo. Pero en realidad he sido su padre, sin duda. Y...

Otro silencio incómodo.

—Se trata de unos libros robados, ¿cierto?

Un momento más tarde yo estaba enseñándole la larga lista de libros que había pegado a la columna al lado de la caja registradora. Se puso a leerla con detenimiento, con una expresión satisfecha, los ojos acuosos de pronto muy bien enfocados.

—Todos esos libros los hemos leído juntos —dijo al terminar, y se volvió hacia mí—. No sabía de dónde provenían. Lo siento. No me lo cuenta todo, ¿sabe?

—Es su nieta, dice. —No podía creerlo, pero era lo que más quería creer.

—¿No va tecirme cuánto le tebemos? —de pronto su acento me pareció extrañísimo. Asiático, o tal vez centroeuropeo, pensé. Era como si durante un momento el soporte nervioso de su español se hubiera relajado.

—No es de eso de lo que quería hablarle. La verdad es que me gustaría volver a ver a Ana.

Tragó saliva y parpadeó.

—¿Y por qué querría usted verla?

La pregunta me hizo sentir como un colegial. No iba a decirle que estaba enamorado. No atiné a decir nada.

—No es usted el primer librero que se enamora de ella —dijo el viejo—. Si se arrepiente, mándeme la cuenta a la pensión.

—¿Está usted muy ocupado?

Me miró sin expresión.

—¿Yo? Soy prácticamente un vago. No, no tengo nada que hacer en absoluto.

Lo invité a tomar algo en el café de la esquina.

—Como ve, no hay clientes. Cierro el negocio un momento y ya está. Yo también —reconocí— soy prácticamente un vago.

Anduvimos en silencio hasta el café. El aspecto del señor Blanco ahora me pareció casi contrario al de la primera vez. Era un tipo robusto, de frente muy ancha, y tenía la tez quemada por el sol, aunque la piel de sus manos era pálida. Pedimos té negro con limón los dos.

—Tengo que comenzar diciéndole que somos personas comunes y corrientes, como cabe sospechar. Yo tengo mis ideas, y ella me sigue en eso pero, claro, a su manera. Siempre viví de los libros, y mi padre y mi abuelo, cada uno a su manera, vivieron también exclusivamente de los libros, de toda clase de libros. No hablo en sentido figurado, subsistimos sólo gracias a los libros —me dijo, y luego guardó silencio.

—Mi caso es muy diferente. Ni mis padres ni mis abuelos fueron amigos de los libros. La única que leía en casa era mi madre.

Ahora yo me sentía como un neófito que de pronto encuentra al maestro necesario, una conexión directa con la fuente de la sabiduría.

El señor Blanco me dirigió una mirada que creo que fue de compasión. Prosiguió:

—Nos han acusado de toda clase de vicios, delitos y aun de crímenes. («La vida es una mierda», había dicho ella. ¿Era por esto que lo decía?, me pregunté.) Nos han llamado agentes, estafadores, nos han confundido con espías, gente que usa los libros para transmitir mensajes en clave; han dicho que somos coleccionistas de ediciones o ejemplares relacionados con crímenes o escándalos de cualquier clase. Pornógrafos de esto y de lo otro,

en fin. Lo único que hacemos sin variación es servirnos de los libros en general para vivir. ¿Sabe usted?, uno de mis tíos, un loco, es cierto, pero a veces podía ser genial, creía o decía creer que detrás de los libros, los objetos que llamamos libros, había un espíritu de clase. Como en una fantasía futurista, en donde las máquinas, las computadoras, algunas plantas, las plantas de las que se extraen las drogas, y algunos metales, como el oro y el hierro, también tienen su espíritu. Hablaba de una lucha por la dominación libresca de algunas zonas del planeta. Un fenómeno cuyas tendencias, cuyas corrientes, podrían observarse como en esos mapas de historia étnica o lingüística donde aparecen ilustrados con flechas de colores los grandes movimientos a lo largo de la Historia. Movimientos, invasiones, brotes, extinciones. Hablaba de guerras de clases de libros contra otras clases de libros, de géneros, sí. En éstas, como en casi toda clase de guerra, no siempre ganaban los mejores; pero, para nosotros, al final ninguno pierde, aunque todos se extinguen. Estos ires y venires de los libros los usamos como podría usar un marino las corrientes oceánicas. Los aprovechamos como podemos, más allá, por decirlo de algún modo, del bien y del mal libresco. Nosotros, y ahora quiero decir ella y yo, navegamos aun hoy en día en las mareas, las corrientes de los libros.

Cuando terminó de hablar estuvimos unos minutos en silencio, aunque no por eso dejamos de comunicarnos; en compañía del viejo yo comenzaba a sentirme muy bien. Confesé:

—Usted tenía razón. Soy sólo un librero más. Me he enamorado de su nieta.

Su cara cambió; ahora parecía distante y desconfiado.

—No sé, señor, si ella se habrá acostado con usted. Si fue así, puede estar orgulloso. Y ahora, si me disculpa... —se puso de pie y yo hice lo mismo. No nos dimos la mano—. Me habría gustado poder decirle *mon frère* —me dijo—. Adiós.

Volví a sentarme, y me quedé allí, inmóvil, como si me hubieran dado en la nuca un golpe con un objeto contundente, mientras el increíble abuelo de Ana Severina Bruguera Blanco se alejaba y desaparecía.

Esa noche soñé con este diálogo, continuación de aquel inesperado, inverosímil encuentro. Viajábamos por un camino de montaña en un

autobús destartalado.

«Pero dígame —yo le decía al viejo—, ¿dónde está ella?».

«No volverá a verla. Olvídela. Está muerta. ¡Muerta! ¿Entiende? La mataron unos chicos en Montevideo.»

Me desperté con una sensación de vacío en el pecho y un profundo malestar general. Creí que iba a vomitar.

Concilié el sueño hacia mediodía y dormí hasta el anochecer. Volví a despertarme con hambre, con un vago recuerdo del final de la tarde anterior y con sólo algunas hebras como vestigio de la noche. Había vuelto del café a la librería, y unas horas después, aburrido de esperar clientes que no llegaban, cerré.

Anduve hasta una de esas cantinas de barrio viejo de las que van quedando muy pocas en la parte de la ciudad en donde vivía. La cantina estaba en una calle de otro tiempo, hecha para que la transitaran carretas y no automóviles, una callecita inclinada que desembocaba en una avenida ancha y moderna donde el tráfico era entorpecido por ventas callejeras y puestos de frutas y dulces a lo largo de una de las aceras. De la avenida, unas gradas angostas subían hasta una terraza diminuta, la terraza de la cantina, donde se reunían toda clase de borrachos. A esas horas de la tarde, el hormigón de los alrededores despedía un fuerte olor a orines y a alcohol filtrado por el alambique humano —los cuerpos de hombres anónimos, alcohólicos por vocación o por destino. Infelices crónicos—antiguos amigos, familiares lejanos o políticos habían desfilado por ahí.

Entré en la cantina pensando que era como todos ellos y bebí tanto que apenas recuerdo las caras de quienes se tambaleaban a mi alrededor, y algunas de sus increíbles historias —y una cola de bolos esperando para orinar en un rincón inmundo donde, apenas disimulado por una cortinita sucia, había un orinal improvisado en un agujero de la pared.

No recuerdo cómo, de ahí me transporté a otro local en el centro de la ciudad. Ya era de noche y estaba sentado a la barra de un salón muy oscuro, en cuyas paredes había una serie de figuras grotescas borrajeadas con pintura fluorescente. A mi lado bebía un hombre calvo, panzón, con barba y bigotes largos y poblados del color de la ceniza. Tenía anteojos claros con grandes aros de plástico negro.